

del cielo" (como dicen los chinos), que también tiene tantas y tan importantes cosas que expresar.

En el compendio de ensayos también hay textos sobre otras escritoras cuya voz necesita ser revalorada: Clarice Lispector, Luisa Valenzuela, Cristina Peri Rossi, Blanca Wiethüchter y Virginia Woolf. Y ensayos sobre hombres también importantes para la literatura (es decir, para la vida): Gabriel García Márquez, Manuel Puig, Aurelio Arturo, Julio Flórez. Estos ensayos son igualmente interesantes y me han hecho comprender de nuevo que el tema de género no es sólo otra moda políticamente correcta, sino un acto de compasión humana: es preguntarme quién soy desde mi ser hombre o mi ser mujer, desde mi esencia, desde lo que yo escojo, y no desde lo que me obligan a ser. Traer el tema a colación, ponerlo de presente, contribuye de manera enorme a que hombres y mujeres nos reconozcamos a nosotros mismos(as) y esto, a su vez, hace que la sociedad esté compuesta por sujetos y no por objetos (zombis) que lo único que hacen es comprar, matar, herir, dañar sin mirar a quién, a causa de su inconsciencia.

Podría ser que muchos pensarán (y esto lo he oído decir muchas veces) que el tema de la recuperación y validación de la voz de las mujeres es un embeleco más que se han inventado las feministas para justificar su perversa animadversión por esa parte de la humanidad (los hombres) a la que tanto o todo le deben. Con frecuencia me asombra y me entristece ver que entre los(as) más jóvenes es casi una vergüenza admitirse feminista, y que incluso los más ignorantes creen que el feminismo es justo lo opuesto al machismo (cuando, al menos desde mi perspectiva, lo primero es una postura revolucionaria y liberadora, mientras que lo segundo es un aferramiento mental paralizante). Pareciera que el vocablo (o la postura feminista) está cargado de connotaciones terroríficas (¿terroristas?) que remiten a quien lo oye a un mundo de rencores, com-

petencias, roles subvertidos, lesbianismo, mamertismo, etc. Entre estos(as) jóvenes nadie parece reconocer que gracias a las feministas las mujeres tenemos voto, nos podemos poner minifalda, conocemos los anticonceptivos, podemos ir a la universidad y, lo más importante de todo, podemos dejar de ahogarnos con nuestras propias palabras, y ya no tenemos que inhibir nuestras propuestas sobre un mundo mejor, donde todos tengamos cabida, donde no se excluya a nadie en razón de su anatomía, su color de piel, sus preferencias a la hora de ir a la cama o de formar una familia, su capacidad de decir "no más violencia" o cualquiera de las cosas que el establecimiento piensa que son amenazantes para su podrida estabilidad.



Pues que se entienda que esa voz existe y que vale la pena oír la es una de las tareas que Montserrat logra con este libro de ensayos en el que se incluye, además, como *bonus track*, una magnífica traducción de un cuento de Kate Chopin (San Luis, Misuri [Estados Unidos], 1851-1904), una escritora que ni aún en su país de origen ha sido reconocida, tal vez, por lo subversivo de su hermosa prosa narrativa en la que preveía, pese a la época en la que vivió, un despertar (su mejor novela se titula *The Awakening* [*El despertar*]) para las mujeres, en el que éstas se atrevían a explorar su sexuali-

dad y su mundo interior incluso en el marco de un matrimonio acartonado y asfixiante.

Además de recomendar enfáticamente la lectura de todo el libro de Montserrat Ordóñez, recomiendo la lectura de su traducción de *La historia de una hora* (el cuento de Kate Chopin) que Montserrat nos regala en este libro. Recomiendo la lectura de "Instrucciones para mujeres: cómo pasar del dicho al hecho y escribir una tesis, un artículo, un libro, o nada", recomiendo leer el delicado análisis de la obra de Elisa Mújica y de Marvel Moreno (a quien Montserrat nunca pudo conocer como yo a ella), y agradezco a las tres editoras Carolina Alzate, Liliana Ramírez y Beatriz Restrepo, al igual que a los herederos legales de Montserrat, habernos dejado conocer este magnífico compendio que se constituye en piedra angular y en obligado texto de referencia para quienes tengamos la apertura de corazón suficiente para adentrarnos en el mundo que las mujeres siempre hemos querido construir, y en el cual, la voz de Montserrat Ordóñez también necesita ser recuperada.

MIRIAM COTES BENÍTEZ

¡Tamaño libro!

La historia de las guerras

Rafael Pardo Rueda

Ediciones B Colombia, Bogotá, 2004,
748 págs.

Casi que el absurdo tamaño de este volumen invalida cualquier aproximación a su lectura. Si se trata de exhibir en la sala de la casa el único libro que se tiene, está bien. Más apropiado para sostener lámparas que para leerse de corrido, este mamotreto no resulta muy atractivo a primera vista. No obstante, su lectura puede deparar goces, y no pocos.

Llegué a este libro interesado, no tanto en la carrera política de su au-

tor como en su vena de escritor y, en menor grado, de historiador. Rafael Pardo es nieto de don Tomás Rueda Vargas, quien para mí es uno de los mayores escritores colombianos de la primera parte del siglo xx, representante típico de aquella cultura señorial y exquisita que Rafael Gutiérrez Girardot calificó como "cultura de viñeta".

Antes de examinar esos valores literarios, y ya desde la simpática dedicatoria a sus hijos, "quienes casi hacen imposible este libro", uno se pregunta a qué horas lo escribió su autor. Nadie sabe. Acaso refugiado en su inmensa biblioteca, antes del desayuno y a la hora de la cena. Aparte de este sorprendente hecho, el resultado no denota ni prisas ni precipitaciones por falta de tiempo. La prosa de Pardo es sobria, tranquila y sin aspavientos, y a pesar de lo escabroso que pueda ser el tema, transcurre como el agua de esos ríos mansos de la sabana de Bogotá que cantó el abuelo.

Se trata, sin hacer demasiada alharaca, de una historia de Colombia, pero sólo a través de la guerra, lo cual no parece hacer demasiada diferencia con cualquier libro de historia a secas y viene a ser lo mismo, a siglo y medio de distancia, que la *Historia civil y eclesiástica* que escribió don José Manuel Groot, porque nunca ha dejado de haber ni Iglesia ni guerra, y lamentablemente a menudo sospechosamente unidas, como se resalta tras la lectura de este libro.

Ahora bien, si examinamos el aspecto meramente histórico, hay que afirmar que la primera parte está bien y con un soporte biográfico bastante completo, aunque, en suma, no contiene nada que no pueda encontrarse en los manuales escolares o en la bibliografía histórica tradicional. Alcanzo a preguntarme a qué viene escribir de nuevo lo que ya ha sido dicho muchas veces. A veces parece que la intención fuera convertir el libro en manual escolar; es como si Pardo quisiera justificar dentro de un marco histórico riguroso lo que va a ser su verdadero aporte, esto es, los sucesos en los que fue no sólo testigo privilegiado sino actor principa-

lísimo durante los gobiernos a partir del de Belisario Betancur, pero lo cierto es que ese testimonio se inicia apenas después de las primeras seiscientas páginas.

En definitiva, lo que hace que históricamente este libro sea inapreciable es esa segunda parte, que a mi gusto ha debido publicarse aparte, con lo que la recepción editorial del libro habría sido mucho más impactante, en la que el autor desempeña el papel no sólo de historiador sino de partícipe y testigo excepcional de las guerras colombianas en los últimos veinte o veinticinco años.



Sin embargo, no hay que despreciar la primera parte, porque la lectura atenta demuestra que si bien la documentación de Pardo es la tradicional, su lectura es una lectura crítica y personal de cada episodio clave de nuestra historia, de manera que sus comentarios, sembrados aquí y allá, aportan esa claridad mental que hace falta a veces al historiador para integrar los hechos en un todo con sentido.

No entra Pardo en disquisiciones filosóficas acerca de la naturaleza de la guerra, sino que hace suyas simplemente las palabras de Margaret Mead: "La guerra es sólo una invención, no una necesidad biológica". En las teorías sobre iniciación de las guerras se resalta la evidencia histórica que muestra que las democracias no se hacen la guerra entre ellas y que la extensión de este sistema

de gobierno reduce las confrontaciones entre estados.

El libro está lleno de valiosas apreciaciones generales. Bien anota el autor que desde el punto de vista estratégico difícilmente se entiende algo que se preguntan todos aquellos que visitan el puente de Boyacá, esto es, cómo tuvo lugar esa batalla cuando ninguno de los dos ejércitos tenía que andar en ese momento por aquellos lados. Después de la Independencia, la sociedad era "altamente militarizada, en el sentido de que lo castrense era predominante en todos los órdenes sociales". Del mismo modo, la tensión entre el poder central y el de las regiones estuvo presente en las guerras, desde la de 1860 hasta la de 1895. El bipartidismo fue motor de la unidad nacional y también de las guerras civiles; promovió la estabilidad política pero también la violencia y abanderó el progreso económico, lo mismo que la intolerancia.

No elude el autor el examen de ninguna de las guerras civiles del siglo xix y concluye, me parece que con mucho acierto, que la guerra civil tiene algunas ventajas. Permite, por ejemplo, los desenlaces inverosímiles. Inverosímiles como muchas anécdotas que pasan por aquí y que reflejan más las cualidades del narrador que del historiador, como la de algún 29 de julio en el que fuera derrotada la tropa colombiana, comandada por el venezolano Rangel, por parte de la tropa venezolana, comandada por el colombiano Rafael Uribe Uribe...

A veces el autor nos regala documentos encantadores como una carta del mismo Uribe Uribe a Pedro Nel Ospina: "Tiene todavía la revolución mucho horizonte y mucho porvenir para encerrarse en cualquier casarón de pueblo, sólo por el qué dirán... A propósito me complace tenerte por contrincante. Entre los dos no perderemos esfuerzo por civilizar la guerra".

Una vez más se revela el general Mosquera como la figura predominante de todo el siglo xix. "Su vida militar y su vida política se confundieron a lo largo de más de

cincuenta años". Una guerra dejaba la motivación para participar en la siguiente.

También resalta la germanofilia colombiana, que terminó apenas cuando Hitler comenzaba a ser vencido. Hasta la Segunda Guerra Mundial, nos recuerda Pardo, tanto el material como la formación, la disciplina y la doctrina militar en el Ejército colombiano habían sido principalmente de origen germánico. Trae a colación, por cierto, una frase atribuida al secretario de Estado, general George Marshall, conductor militar de la victoria norteamericana en la Guerra Mundial, quien apenas supo de la inmensa revuelta popular que se produjo a raíz del magnicidio de Gaitán, dijo: "No me quiero quedar en un país, en medio de una revolución, en la que todos los soldados están vestidos de nazis".

Sin duda, percibe lo que los historiadores obvian, como la especie de pensamiento militar que se fue configurando en Latinoamérica a partir de la Revolución cubana, cuando paradójicamente "los mandos militares latinoamericanos que al tiempo que confrontaban la guerrilla derrocaban gobiernos democráticos". Igualmente, anota cosas que son un poco tranquilizadoras: Colombia, después de consolidada la paz interior, no ha tenido un desbordado crecimiento de gastos militares en ningún momento de su historia.

Como ya lo dije, la parte más importante de *La historia de las guerras* es aquella en la que el propio Pardo es protagonista de excepción. Singular interés ofrece el relato que hace de los dramáticos hechos de la paz con el M-19 en Corinto en 1982. El autor destaca fenómenos previos aún no bien analizados, como el impulso que dio a la guerrilla colombiana el triunfo del sandinismo en Nicaragua, así como el nivel de organización y de poder armado de los grupos de traficantes de drogas.

De gran interés es su versión de la hecatombe del Palacio de Justicia en 1985. Su principal efecto, cosa que se ha olvidado, fue una coalición nacio-

nal de los grupos guerrilleros. Pero, finalmente, hubo una política de sometimiento que resultó, digan lo que digan los fatalistas, exitosa. Lo que ocurre, anota Pardo, es que para el público, el sentido de la política de sometimiento puede haberse confundido por desarrollos individuales que ciertamente también se han dado.

En un país de pesimistas, no debe pasarse por alto, a mi parecer, una de las principales conclusiones de este libro, que no porque parezca obvia después de leerla deja de ser sorprendente: que aunque nunca se haya celebrado la victoria con bombos y platillos, la guerra contra los carteles la ganó el Estado. El narcoterrorismo terminó en 1993 con la muerte de Pablo Escobar y el consecuente dismantelamiento del cartel de Medellín. Hoy los jefes del narcotráfico de los años ochentas, los barones y los reyes de la coca, están presos o muertos.

Terminado el cartel de Medellín y desactivada la guerra narcoterrorista, los traficantes de drogas se volcaron sobre otra estrategia para lograr sus propósitos: cambiar las leyes para lograr impunidad. De modo sistemático, buscaron comprometer a congresistas, financiando sus campañas, con el propósito de promover mecanismos legales de perdón judicial.

Lo que ha venido después es, en todo caso, un cuento diferente, que corresponde analizar al historiador del futuro.

LUIS H. ARISTIZÁBAL

No muy bien lograda

¡Azúcar! *La biografía de Celia Cruz*
Eduardo Márceles Daconte
Reed Press, Nueva York, 2004,
305 págs.

En 1981 Umberto Valverde escribió el primer libro sobre Celia Cruz: *Celia Cruz. Reina Rumba* se llamaba, que con todo y sus indiscutibles

elementos biográficos era realmente una obra periodística escrita con el viaje de la admiración pura. Un libro de la fanaticada a ultranza que también servía como testimonio de la noche caleña. Pasaron los años y, a pesar de tratarse de quien se trataba, nunca apareció una verdadera biografía, ni siquiera un libro de ensayos sociológicos y antropológicos sobre la cantante más famosa de América Latina. Alguien me dijo alguna vez, para disculparse, que el problema era Celia misma, que no se acordaba de nada, que todo lo confundía. Esa no es mi impresión personal surgida del contacto directo: creo que ella tenía buena memoria, pero era selectiva a la hora de compartir recuerdos. Alguna vez presencié su intento fallido de favorecer a una periodista sin talento, dándole información exclusiva para que se luciera escribiendo algo sin precedentes, cosa que no ocurrió.



Por otra parte, es necesario tener en cuenta que la música popular es objeto de estudio serio desde hace muy poco y en la mente de muchos, la vida y obra de Celia eran temas de farándula, de revistas como *Bohemia*, *Carteles*, *Vanidades*. Otra razón posible es que frente a Celia la social bacanería siempre ha mantenido un cierto "guararei" como dicen en Cuba. Por lo frentera y beligerante tratándose del régimen político de la isla, muchos gozadores contestatarios de los años setenta veían a Celia Cruz como ángel y demonio.